

conservación de su economía interior, donde son igualmente las excitaciones las que determinan el fenómeno. En fin, los grados ascendentes de la objetivación de la voluntad nos conducen á aquel en que el individuo que representa la Idea, no podría ya procurarse una alimentación asimilable si sus movimientos no obedecieran más que á excitaciones, pues la excitación llega cuando puede y hay que esperarla, y aquí la alimentación es de una naturaleza especialmente determinada; la diversidad creciente de los fenómenos individuales da lugar á tal multitud de ellos y á tal refriega, que se estorban mutuamente unos á otros y que la probabilidad de la cual, el individuo, movido por la mera excitación, estaría condenado á esperar su substancia, sería muy desfavorable.

El animal, á partir del momento en que sale del huevo ó se desprende del vientre de su madre, debe poder buscar y elegir los elementos de su nutrición. De ahí nace la necesidad de la locomoción determinada por motivos, y para este efecto la del conocimiento que interviene en ese grado de objetivación de la voluntad como auxiliar, como un «μηχανή» indispensable para la conservación del individuo y la propagación de la especie.

El conocimiento aparece representado por el cerebro ó por un ganglio grande, de igual manera que cualquier otra tendencia ó aspiración de la voluntad, cuando se objetiva, está representada por un órgano, esto es, se manifiesta á la percepción bajo el aspecto de un órgano (1) Pero desde que aparece este auxiliar ó «μηχανή», surge súbitamente el mundo como representación con todas sus formas de objeto y sujeto, de tiempo, espacio, pluralidad y causalidad. El mundo presenta entonces su segunda

(1) Véase mi obra «La voluntad en la Naturaleza», págs. 54 y 70 á 79 de la 1.ª edición, 46 y siguientes y 63 á 70 de la 2.ª.

faz. Hasta aquí era únicamente *voluntad*, ahora es también *representación*, objeto del sujeto conociente. La voluntad, que seguía hasta entonces su tendencia en las tinieblas con seguridad infalible, al llegar á este grado se provee de una antorcha que le era necesaria, para compensar la desventaja que resulta en sus fenómenos más perfectos, de la superabundancia y variedad que ofrecen.

La seguridad, la regularidad infalible con que procedía en la Naturaleza inorgánica y en el reino vegetal, como tendencia ciega, venía de que era sola para obrar en su condición primitiva, sin el concurso, pero también sin el trastorno que le aporta un nuevo mundo, diferente por completo: el de la representación, el cual, aunque refleja la esencia íntima de la voluntad, tiene una naturaleza totalmente distinta é interviene en el encadenamiento de los fenómenos de aquélla. Con esto cesa en lo sucesivo la seguridad infalible de la voluntad. El animal se encuentra ya expuesto á la apariencia, á la ilusión. Pero no tiene más que representaciones intuitivas; desprovisto de reflexión, de conceptos, es esclavo de lo presente y no puede tener en cuenta lo porvenir. Parece que este conocimiento, en que falta la razón, no es suficiente en todos los casos para llegar á sus fines y que se ha sentido en ocasiones la necesidad de una especie de auxilio ó complemento, pues podemos observar el hecho curioso de que la acción ciega y la acción consciente de la voluntad invaden recíprocamente sus dominios respectivos, de una manera sorprendente en dos especies de fenómenos. Observamos la primera cuando entre los actos de los animales, dirigidos por el conocimiento intuitivo y por los motivos que de él se derivan, encontramos algunos que carecen de ellos y que por consiguiente se cumplen con la necesidad de una voluntad que obra ciegamente: me refiero á los instintos industrioses, que aunque no es-

tén guiados, ni por un motivo, ni por el conocimiento, tienen toda la apariencia de cumplir su obra por motivos que pueden calificarse de abstractos y racionales. El otro caso, inverso de éste, es aquel en que por el contrario, la luz del conocimiento penetra en el laboratorio de la voluntad ciega y esclarece las funciones vegetativas del organismo humano; tal es el caso de la lucidez magnética.

Por último, allí donde la voluntad llega á su grado culminante de objetivación, no bastan ya los conocimientos de que el animal es capaz, y que debe al entendimiento, al cual suministran sus datos los sentidos, conocimientos que no crean más que meras intuiciones adheridas á la actualidad del momento presente. El hombre, criatura complicada, múltiple en su aspecto, plástica, llena de necesidades y expuesta á innumerables lesiones, debía, para poder resistir, estar iluminado por un conocimiento doble: á la mera intuición se agrega, por decirlo así, una potencia más elevada del conocimiento intuitivo, una reflexión de aquélla; en una palabra, la razón, como facultad de crear conceptos. Con la razón viene la reflexión, que abarca la visión de lo porvenir y de lo pasado y á consecuencia de ella la circunspección, el cuidado, la facultad de obrar con premeditación y con independencia de lo presente, y, en fin, la conciencia clara de las propias decisiones de la voluntad como tales.

Hemos visto antes que con el simple conocimiento intuitivo nace ya la posibilidad de la falsa apariencia y de la ilusión, que suprime la infalibilidad primitiva de las acciones inconscientes de la voluntad, y hace necesaria la intervención del instinto y la inclinación á la industria, como manifestaciones también inconscientes de la voluntad, al lado de las manifestaciones acompañadas

de conocimiento. Con el advenimiento de la razón, aquella seguridad y aquella infalibilidad (que en el otro extremo, en la Naturaleza inorgánica, aparecían en forma de regularidad inflexible) desaparecen casi totalmente, el instinto se borra por completo y la circunspección, que debe suplir todo esto, produce (como dije en el primer libro), la vacilación y la incertidumbre; el error se hace posible, y en muchos casos pone obstáculos á una objetivación adecuada de la voluntad en los actos. Pues, aunque la voluntad haya tomado ya, en el carácter, una dirección determinada é invariable, según la cual se manifiesta infaliblemente la volición á impulso de los motivos, el error puede falsear sin embargo estas manifestaciones, haciendo que motivos ilusorios ocupen el lugar de los verdaderos y los anulen. (1) Tal es el caso en que la superstición, por ejemplo, sugiere motivos imaginarios que impulsan al hombre á una conducta opuesta á la manera como se manifestaría su voluntad en las mismas circunstancias, á no existir aquel móvil. Agamenon inmola á su hija; un avaro reparte limosnas por puro egoísmo, con la esperanza de que algún día le serán devueltas centuplicadas, etc.

El conocimiento en general, racional ó puramente intuitivo, tiene, pues, su fuente en la voluntad; pertenece esencialmente á los grados superiores de su objetivación, como una simple *μηχανή*, como un medio de conservación del individuo y de la especie, de igual manera que cualquier órgano del cuerpo. Puesto en su origen al servicio de la voluntad, para la realización de sus fines, permanece casi siempre dispuesto á servirla sin reservas,

(1) Por esto decían los escolásticos con razón: *Causa finalis movet non secundum suum esse reale, sed secundum esse cognitum.* Véase Suárez Dip. metaph.—Disp. XXIII, sect. 7.^a y 8.^a

como sucede en todos los animales y casi en todos los hombres.

Veremos, sin embargo, cómo en algunos hombres excepcionales, el conocimiento consigue emanciparse de esta servidumbre, logra sacudir el yugo, y libre de todos los intereses de la voluntad, llega á existir independiente, como espejo puro y claro del mundo; ahí está el origen del arte. Finalmente, en el libro 4.º, veremos cómo este modo de conocimiento, cuando reacciona sobre la voluntad, puede conducirla á la supresión de sí misma, es decir, á la resignación, que es el término final, ó mejor dicho, la esencia inmanente de toda virtud y de toda santidad; el medio de emanciparse del mundo.

§ 28.

Hemos examinado el número y la variedad de los fenómenos en que se objetiva la voluntad, así como su lucha implacable y sin tregua. Estas mismas consideraciones nos han mostrado que esa multiplicidad y esa variabilidad no afectan á la voluntad misma como cosa en sí. La diversidad de las Ideas (platónicas), es decir, de los grados de objetivación, la infinidad de individuos en los cuales se manifiesta cada una de ellas, la lucha de las formas por la materia; todo esto no concierne á la voluntad, no es más que su manera especial de objetivarse, y no se refiere á ella más por una relación única: aquella, por virtud de la cual llega á ser todo esto, para la representación, la expresión de la esencia de la voluntad.

De igual manera que en la linterna mágica una misma llama es la que hace visible la variada multitud de los cuadros, en la diversidad de los fenómenos que llenan el mundo, yuxtapuestos en la extensión, ó empujándose mutuamente en la sucesión de los acontecimientos, lo

que se manifiesta es la *misma voluntad*, cuya visibilidad y objetividad constituyen todos esos fenómenos, y que permanece invariable en el seno de aquella variación; Sólo ella es la cosa en sí, los objetos son manifestaciones, ó fenómenos, como los llama Kant.

Aunque la voluntad encuentra su objetivación más clara y más completa en el hombre, en cuanto Idea, (en el sentido que da Platón á la palabra), no bastaría por sí sola esta Idea para expresar toda la entidad de aquella. La idea del hombre, para mostrarse con toda su significación, no debía aparecer sola y aislada, sino en compañía de la serie, descendente por grados, de todas las formas animales, vegetales y hasta inorgánicas; su reunión es lo que completa la objetivación de la voluntad. La *Idea* humana presupone aquellas formas, como la flor del árbol presupone las hojas, las ramas, el tronco y las raíces; compone el todo una pirámide cuyo vértice es el hombre. Por poca afición que se tenga á las comparaciones, se podrá decir también que estos fenómenos acompañan al del hombre con tanta necesidad como acompañan á la plena luz todas las gradaciones insensibles de la penumbra, á través de las cuales va perdiéndose en la obscuridad; ó bien tomando la comparación de la música puede decirse que el animal y la planta son la quinta y la tercia inferiores del hombre, y el reino inorgánico su octava baja. La verdad de esta última comparación no resultará evidente á nuestros ojos hasta que en el libro 3.º tratemos de penetrar la profunda significación de la música: veremos entonces cómo la melodía que marcha encadenada siempre y sobre las notas elevadas y ágiles, puede ser mirada como expresión del encadenamiento reflexivo que reina en la vida y en los deseos del hombre; y cómo por el contrario, los voces complementarias no encadenadas, y el bajo, de marcha más

lenta, que crean la armonía indispensable para completar la música, son la imagen del resto de la Naturaleza animal y de la Naturaleza inconsciente. Hablaremos de esto en otro lugar donde no parecerá tan paradójico.

Esa misma necesidad interna de una serie gradual en los fenómenos de la voluntad, necesidad inseparable de una objetivación adecuada de esta, la vemos igualmente expresada como necesidad externa en el conjunto de los fenómenos. Es la necesidad que tiene el hombre de los animales para su subsistencia, la que éstos tienen unos de otros por grados sucesivos y la que tienen también de las plantas, las cuales necesitan del suelo, del agua, de los elementos químicos y de sus compuestos, del planeta, del sol, de la rotación y del movimiento de traslación en torno del último, de una oblicuidad de la elíptica, etc. Todo esto proviene, en el fondo, de que la voluntad tiene que alimentarse de su propia substancia, puesto que fuera de ella no existe nada y es una voluntad hambrienta. De ahí esa persecución del objetivo, esa angustia y ese dolor universales.

Así como, por haber reconocido la unidad de la voluntad, de la cosa en sí, en medio de la infinita variedad y multiplicidad de los fenómenos, hemos podido darnos cuenta de esa maravillosa é indudable analogía, que existe entre todas las producciones de la Naturaleza, de ese aire de familia que las hace parecer variaciones sobre un mismo tema, así también el conocimiento claro y profundo de esa armonía, de ese encadenamiento esencial de todas las partes del universo, de esa gradación necesaria que examinamos antes, nos dará una idea precisa y suficiente de la esencia y significación de la innegable finalidad de todas las criaturas organizadas, finalidad que admitimos hasta *à priori*, cuando estudiamos y analizamos la Naturaleza orgánica.

Esta adaptación al fin es de dos géneros: en parte es *interior*, es decir, consiste en una disposición tan armónica de todos los elementos componentes de un organismo único, que resultan de ella la conservación del organismo y la de su especie, presentándose á nosotros como el fin de aquella disposición. Por otra parte, la finalidad es *exterior*, es decir, consiste en una relación entre la Naturaleza inorgánica y la Naturaleza orgánica en general, ó de las partes de la Naturaleza orgánica entre sí, relación que hace posible la conservación del conjunto del reino orgánico ó de especies diferentes de animales, de donde deducimos como consecuencia que aquella relación es el medio para este fin.

La finalidad interior se enlaza con nuestras consideraciones actuales, de la manera siguiente. Puesto que hemos demostrado que la variedad de la forma en la Naturaleza, de igual manera que la pluralidad de los individuos, no afecta á la voluntad, sino solamente á su objetivación y á la forma de ésta, síguese de ahí necesariamente que la voluntad es indivisible y que se halla presente por entero en cada fenómeno, aunque los grados de objetivación, las Ideas, sean muy diferentes. Para facilitar la inteligencia de esto podemos considerar á las diversas Ideas como actos aislados y simples, en sí, de la voluntad, en los cuales la esencia de ésta se revela más ó menos enérgicamente. Los individuos á su vez son esas mismas Ideas ó actos de la voluntad, manifestándose en el tiempo, en el espacio y en la multiplicidad.

Un acto ó Idea, en los grados más bajos de la objetivación de la voluntad, conserva su unidad hasta en el fenómeno, mientras que, en los grados superiores, necesita para manifestarse de toda una serie de estados que se desenvuelven sucesivamente, los cuales, considerados en conjunto, son la expresión de su esencia.

Así, por ejemplo, la Idea que se manifiesta en una fuerza natural tiene siempre una expresión simple, aunque pueda variar esta expresión merced á las circunstancias exteriores; de otro modo no podría siquiera demostrar su identidad, puesto que ésta no aparece sino después de eliminar las diferencias debidas únicamente á aquellas circunstancias externas. El cristal no tiene igualmente más que una sola manifestación de existencia: la cristalización, que encuentra en seguida su expresión suficientemente completa en esa forma petrificada, en ese cadáver de una vida momentánea. La planta no expresa ya la Idea, cuyo fenómeno es, de una sola vez y con una sola manifestación, sino por medio de un desenvolvimiento sucesivo de sus órganos en el tiempo. El animal, no sólo desarrolla su organismo en una serie de formas, con frecuencia muy diferentes (las metamorfosis), sino que esa misma forma, aunque es la objetivación de la voluntad en este grado, no basta para representar completamente su Idea, que acaba de mostrarse en los actos del animal; en estos actos es donde se revela su carácter empírico, el mismo para toda la especie y que constituye entonces la manifestación completa de la Idea, con la condición de un organismo dado como base.

En la especie humana cada individuo tiene un carácter empírico especial (veremos en el libro 4.º, que llega hasta á la supresión total del de la especie, por la anulación espontánea de toda voluntad). Lo que, por su desenvolvimiento necesario en el tiempo, y por su fraccionamiento consiguiente en acciones aisladas, nos muestra el carácter empírico, constituye, si hacemos abstracción de su forma en el tiempo, el *carácter inteligible*. Kant fué quien le denominó así, y por haber establecido esta distinción y haber mostrado la relación que

existe entre la libertad y la necesidad, ó hablando con más propiedad, entre la voluntad como cosa en sí y su manifestación en el tiempo, hizo brillar más aún su mérito inmortal (1).

El carácter inteligible coincide, pues, con la Idea, ó más particularmente con el acto primitivo de la voluntad que se manifiesta en la Idea; el carácter empírico, no sólo de cada hombre, sino de cada especie animal, de cada especie de planta, y hasta de toda fuerza primitiva de la Naturaleza inorgánica, puede ser considerado como la manifestación de un carácter inteligible, entendido como hemos dicho, ó sea de un acto de la voluntad indivisible y existente fuera del tiempo.

Debo hacer hacer observar aquí incidentalmente la ingenuidad con que la planta expresa y deja ver todo su carácter, toda su vida y todos sus deseos, en su figura sola; esto es lo que da tal encanto á la fisonomía de las plantas; mientras que en el animal, para conocerle en toda la extensión de su Idea, hay que observar ya sus actos y sus costumbres. En cuanto al hombre, hay que estudiarle á fondo y ponerle á prueba, pues la razón le hace capaz del disimulo en grado eminente. El animal es tan superior al hombre en candidez, como la planta lo es al animal.

En el animal vemos la voluntad de vivir más al desnudo que en el hombre, donde tanto conocimiento la encubre, y donde además la facultad de fingir la oculta de tal modo, que su verdadero ser no se descubre más que por azar y durante algunos momentos. Esa misma voluntad se muestra completamente descubierta, aunque tam-

(1) Véase la *Crítica de la razón pura*, solución de las Ideas cosmológicas relativas á la totalidad de la derivación de los acontecimientos cósmicos, y la *Crítica de la razón práctica*. Compárense en este punto con mi *Disertación sobre el principio de razón*.

bién más débil, en la planta, como tendencia ciega de vivir sin fin y sin propósito. La planta exhibe todo su ser á primera vista, con sencillez completa, y su inocencia no padece con que los órganos genitales, que en el animal ocupan la parte más oculta, se desplieguen en su cima. El candor de la planta depende de que carece de conocimiento; la falta no está en el querer, sino en el querer consciente. Cada vegetal habla ante todo de su patria, del clima de ésta, y de la naturaleza del suelo en que crece. El menos versado en botánica conoce sin trabajo si una planta exótica pertenece á la zona tropical ó á la templada; si crece en el agua, en los pantanos, en las montañas ó en la llanura. Pero además, expresa la planta la voluntad especial del género, y dice algo que no puede traducirse á ningún otro idioma.

Volvamos ahora á nuestro asunto y ocupémonos en aplicar lo que hemos dicho al estudio de los organismos, desde el punto de vista de su finalidad. Si en la materia inorgánica la Idea, considerada en todas partes como un solo acto de voluntad, no se manifiesta más que en un fenómeno único también, y siempre el mismo, y si puede decirse en consecuencia que aquí el carácter empírico participa de la unidad del carácter inteligible, y que los dos coinciden en cierta manera, de suerte que no aparece es este caso finalidad alguna interior; si, por el contrario, todos los organismos representan su Idea por una serie de desenvolvimientos sucesivos, cuya condición en el número de las diferentes partes del organismo, colocadas unas junto á otras; si, pues, las manifestaciones reunidas del carácter empírico de la Idea, no expresan el carácter inteligible de ésta aisladamente, sino en su total, no se sigue de ahí, sin embargo, que esta reunión de partes y esta sucesión de fenómenos supriman la unidad de la Idea que manifies-

tan, del acto de voluntad que se representa en ellos; por el contrario, esta unidad encuentra entonces su expresión en la relación necesaria y en el encadenamiento recíproco de esas partes y de esos desenvolvimientos, por virtud de la ley de causalidad. Como la voluntad una, indivisible, y por lo tanto, conforme siempre consigo misma, es lo que se manifiesta en el conjunto de la Idea, cual si ésta fuera un solo acto, es necesario que su fenómeno, aún estando diseminado en una multitud de partes y de estados, muestre esa misma unidad en su concordancia perpetua; y, en efecto, la relación necesaria y la dependencia de todas esas partes entre sí, restablecen en el fenómeno la unidad de la Idea.

Por consiguiente, todas las partes y funciones del organismo se nos presentan como medios y fines recíprocos, y el organismo como fin último. Resulta de ahí que por un lado, la diseminación de la Idea (que en sí es simple) en cierto número de partes y de estados orgánicos diferentes, así como de otro lado, el restablecimiento de su unidad por el enlace necesario de esas partes y estados, debido á que son causas y efectos recíprocos y por lo tanto medios y fines, no conciernen á la voluntad como tal, que se manifiesta en la Idea, no afectan á la cosa en sí, sino esencial y únicamente á su fenómeno en el tiempo, el espacio y la causalidad (que son modos del principio de razón, formas del fenómeno). Esa división y ese restablecimiento de la unidad no pertenecen al mundo como voluntad, sino al mundo como representación, á los procedimientos por los cuales la voluntad, en este grado de su objetivación, se hace objeto, es decir, representación.

Es preciso penetrarse bien del espíritu de esta explicación, quizás algo ardua, y entonces se comprenderá perfectamente la teoría de Kant, de que la finalidad del